**DISCURSO PREMIO ANTONIO TRAVERIA A LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN EN IBEROAMÉRICA, OTORGADO A LA ASOCIACIÓN NACIONAL DE PERIODISTAS DEL PERÚ**

Bona tarda,

Casa América Catalunya, es una de las instituciones a las que como latinoamericanos, latinoamericanas guardamos profundo respeto y consideración. Por eso recibir este reconocimiento esta tarde, a nombre de la Asociación Nacional de Periodistas del Perú, hace que la emoción y el compromiso sea mucho mayor.

La Asociación Nacional de Periodistas del Perú, conocida popularmente, a lo ancho y larga de la patria, como la A-N-P, es una organización casi centenaria. De esas a las que le cabe una profunda responsabilidad no solo con el sector, con las y los periodistas en el país, con el periodismo, sino con la democracia. Es una institución gremial fundada en 1928 por hombres y mujeres nobles y lúcidos, como el gran Amauta, José Carlos Mariátegui, quien por sus ideas y obra ha trascendido los territorios, los tiempos y todas las generaciones. A él se sumaron Luis Alberto Sánchez, Edgardo Reblagiati, posteriormente mujeres como Angela Ramos, primera reportera, Rosa Hernando, primera locutora y Magda Portal, cuya labor marcó hitos que continuarían otras mujeres en décadas posteriores.

¿Qué somos, quiénes somos? La ANP es su MILITANCIA. La ANP son sus principios y valores. La ANP se ha sostenido en sus 95 años de existencia por su lucha gremial, su fraternidad, su solidaridad.

Hoy, en circunstancias tan dramáticas para la patria, es nuestro deber ponernos en el lugar correcto de la historia. Sin titubeos, sin vacilaciones. ¿Cuál es ese lugar? El de los trabajadores y trabajadoras, el de los desposeídos, el de la justicia social, el de las reivindicaciones.

Este Premio, epónimo de un colega como Antonio Traveria que tendió puentes entre Latinoamérica y la península ibérica, lo recibo a nombre de los familiares de los más de 60 periodistas asesinados entre el 80 y el 2000, con quienes la ANP históricamente está cerca, con quienes lucha por conseguir justicia -como se logró en el caso Bustíos hace muy poco- con quienes se frustra, se cae y se vuelve a levantar con la fuerza que este tipo de batallas demanda. A Eudosia Reinoso, y en ella a los familiares del caso Mártires de Uchuraccay, a Sharmelí Bustíos y sus hermanos, a Norma, Jazmín e Igor Alfaro, familiares de Melissa Alfaro, en nombre de la familia de Pedro Yauri, de Jaime Ayala, de Hilario Ayuque, periodistas hoy aún en la condición de desaparecidos.

Este premio lo recibo en nombre de los casi 12 mil afiliados, anepistas que tenemos en todo el territorio nacional. Quienes de frontera a frontera, ejercen esta actividad en situaciones casi heroicas, en medio de una precarización absoluta, con la dignidad de quien sabe que su único compromiso es con la verdad. Sé que muchos de ellos están viendo esta transmisión con el pecho henchido, porque un premio así en estos momentos tan complejos y difíciles, como país, como nación, significan oxígeno, respiro, en medio de esta larga lucha que a veces agota, cansa pero que no permite espacio para la fatiga. Ser periodista en regiones es una tarea heroica. A ellos y ellas, represento hoy aquí, porque la generosidad de mis colegas, de mis compañeros y compañeras me permite tener el alto honor y la inmensa responsabilidad de conducir, junto a otros 21 dirigentes nacionales una institución decana como la ANP.

Este premio de alguna forma reivindica a aquellos que luchan por la verdad, de aquellos que saben que la información es un derecho del pueblo.

Este premio en sí mismo honra la titánica, descomunal lucha por la libertad de expresión de radios como Estación Wari en Ayacucho, acosada, asfixiada por el poder político por el hecho de decir la verdad, de atreverse -como tiene que hacer el periodismo- a dejar expuestos hechos de corrupción de grueso calibre. Este premio es un homenaje en sí a gestas como las de Carlos Flores Borja, de radio la Voz de Bagua, que en una fecha muy cercana a este día, un 5 de junio del 2009, hace 14 años, por denunciar lo ocurrido en el “Baguazo” se le despojó de la licencia de funcionamiento de la radio, se le arrinconó, estigmatizó, se le pretendió acallar, pero no pudieron.

Este premio lo recibo a nombre de los 199 periodistas fallecidos en Perú por covid. 199 periodistas que perdieron la vida por estar en primera línea cubriendo la pandemia. ¿Por qué Perú fue uno de los países con más periodistas muertos por covid durante la pandemia, solo detrás de India, Brasil, México? La respuesta está en la precarización, porque Perú es de esos países en los que en regiones el periodista en la práctica “paga por trabajar”, concesiona espacios en la radio y la televisión, sin una empresa detrás que en circunstancias tan adversas pueda siquiera dotar de equipos de protección personal. En uno de los momentos más inciertos de la historia de la humanidad, con mascarillas de tela, en primera línea. A nuestros colegas los mató el covid, pero también la precarización, tan normalizada en este oficio.

Las, los periodistas no estamos acostumbrados a recibir premios. Probablemente estamos más cómodos en cobertura, o defendiendo arremetidas contra la prensa frente al poder político, los poderes económicos o los poderes fácticos, en una movilización, en una protesta -por desgracia hoy, no por nuevas conquistas sino para evitar que nos arrebaten lo que tenemos-. Pero hay premios que redimen, que liberan, que rescatan. Y este es uno de ellos. Un premio a la libertad de expresión. Qué más prístino que aquel. Qué más genuino que un derecho que desde su concepción se sabe instrumental. Qué más razón para defenderlo y asumir que su mejor defensa es saber que bajo su cobijo no tienen lugar ni la discriminación, ni el discurso del odio, ni la incitación a la violencia.

De manera especial el compartir este reconocimiento con referentes y buenos amigos como Lydia Cacho, Mónica Gonzales, Carlos Dada, Carlos Fernando Chamorro, Carmen Aristegui o instituciones como Medios Para la Paz de Colombia, El Faro, la sección española de Reporteros sin Fronteras o PEN Nicaragua entre otros, nos llena de orgullo y nos imprime una tremenda responsabilidad.

Tengan la seguridad que llevaremos esta distinción con inmenso sentido del deber, sabiendo que como institución matriz de las y los periodistas peruanos, debemos seguir haciendo un trabajo honesto, valiente, coherente, para darle voz a quienes no la tienen, para ser esperanza en medio de la incertidumbre.

No puedo dejar de reflexionar unos minutos sobre el momento que vive el Perú, hoy quizás algo fuera de los reflectores mediáticos, en medio de una crisis política y social que se pretende normalizar, pero con la caldera en ebullición. Un país que en los últimos años ha tenido seis presidentes dice de sí mismo de una crisis política permanente, que tuvo su punto desencadenante hace seis meses, aquel 7 de diciembre del 2022, que se tradujo en asesinatos extrajudiciales, 60 familias enlutadas, represión, a expensas de un régimen autoritario con probadas violaciones de derechos humanos.

Un país en el que la ciudadanía no confía en nadie. Con niveles de desaprobación del Congreso, bordeando el 90% con desaprobación presidencial, del 79%, con una desconfianza a los medios de un 65%. Con una arremetida fascista que a la par construye una realidad negacionista que cala. Como decía esta semana nuestro querido Xavier Giró: son contextos en los que pretenden imponer una lógica perversa: mentir es una necesidad, decir la verdad una traición.

Frente a escenarios como esos, el signo de esperanza está en la gente, en las instituciones de la colectividad, en la capacidad de organización de la gente. Por ello, organizaciones de carácter sindical como la nuestra son absolutamente necesarias. Necesita estar vibrante y vigente. Una institución que se desmarca de los intereses de las grandes corporaciones, que representa a las y los periodistas en su condición de trabajadores y trabajadoras, que nunca calla ante los poderosos, la injusticia, la tiranía, el atropello. Su identidad ha sabido trascender generación, tras generación, sus principios y valores siguen siendo el faro gremial para confrontar los desafíos de todos los tiempos.

Rumbo al centenario, la ANP hoy se encuentra vital, firme en su deber de defensa de la vida y trabajo de las y los periodistas, su acción contra la impunidad, su apuesta por la información como derecho del pueblo. Los tiempos nunca han sido buenos para el periodismo libre. La amenaza, el ataque físico, el hostigamiento, el acoso judicial, político y digital, las trabas al acceso a la información, multiplicados en época de conflicto social o procesos electorales, hacen aún más compleja -y necesaria- la actividad informativa. Ante ello las y los periodistas no están solos ni solas, con ellos y ellas está la institución. La apuesta por la acción colectiva es nuestra más genuina forma de encarar la crisis económica, política, social, ética y moral que aparece como devastadora.

Una obra genuina que entre 1980 y 2000 perdió a sus más preclaros dirigentes y afiliados, hoy mártires del periodismo nacional que ofrendaron sus vidas por la verdad en Uchuraccay, Huanta, Lima, Huacho, Huancavelica, Huamanga, Juanjui, Rioja, Piura, Tingo María, por nombrar alguno de los lugares que padecieron el mayor número de crímenes contra nuestros colegas.

A lo largo de sus muchos años de existencia la ANP ha librado las más estoicas batallas en procura de la libertad de prensa, como sustento indispensable para una democracia real y para la evolución de la sociedad peruana, en la que el periodista se realice con dignidad.

Hoy, nueve décadas después de su fundación, como en sus orígenes la ANP está animada por un extraordinario espíritu reivindicativo. Con una actitud que interpela una etapa dura para quienes tenemos la responsabilidad de informar. El menoscabo de la confianza de la gente frente a nuestra actividad, a consecuencia de cierta actitud de la prensa que parece olvidar la esencia de esta noble profesión, nos demanda una recta conducta moral como colectivo. Las premisas son claras: Libertad de Prensa, sí, nunca libertinaje. Información como derecho del pueblo, sí, nunca como instrumento de los poderosos.

La ANP nació en un año dramático para el país, como respuesta a la ingente necesidad de tener “una institución que sepa aquilatar la honradez, la energía, la perseverancia y el esfuerzo que repercuta en el progreso de la colectividad”. Hoy, la desventura marca nuevamente la vida política y social de la patria. Hoy una institución como la nuestra se suma a la lucha por la posibilidad de un Perú más digno, justo y democrático.

Finalment, aquest premi, estimats amics i amigues de Casa Amèrica, ens agermana, entrellaça camins, ens apropa. Avui estic convençuda que col·legues a llocs com el Datem del Marañon, Chazuta, Pomabamba, Huancavelica, Abancay, Floridura, on hissen banderes gremials de l'ANP, estan vibrant amb aquest premi. Casa Amèrica Catalunya, és casa nostra, i la vostra ANP.

Muchas gracias!

Moltes gràcies!